

DF. 1

LAS PARABOLAS

El uso de metáforas, parábolas, hechos reales (ejemplos) o simulados (comparaciones) suele dar mejor resultado cuando se trata de argumentos para convencer a alguien de una verdad o de un planteamiento moral.

Tres ejemplos de lenguaje parabólico o comparativo, indirecto (parábola), no racionalmente deductivo o inductivo, es decir lógico.

Ejemplo 1. El barbero que no creía en Dios

Discuten dos, o comparten opiniones, sobre si existe o no existe Dios. Así lo hacía un cliente que fue a una barbería. Razones y más razones. ¿Resultado? Cada uno sale más afianzado en sus propias opiniones. Sin embargo ¿Qué te parece la parábola siguiente que no sucedió en ningún sitio?

Un hombre fue a una barbería a cortarse el cabello y recortarse la barba. Como es costumbre en estos casos entabló una amena conversación con la persona que le atendía. Hablaban de tantas cosas y tocaron muchos temas.

De pronto, tocaron el tema de Dios. El barbero dijo:

- *Fíjese caballero que yo no creo que Dios exista, como usted dice.*
- *Pero, ¿por qué dice usted eso? -pregunta el cliente.*
- *Pues es muy fácil, basta con salir a la calle para darse cuenta de que Dios no existe. Oh... dígame, ¿acaso si Dios existiera, habría tantos enfermos? ¿Habría niños abandonados? ... Si Dios existiera, no habría sufrimiento ni tanto dolor para la humanidad. Yo no puedo pensar que exista un Dios que permita todas estas cosas.*

El cliente se quedó pensando un momento, pero no quiso responder para evitar una discusión. El barbero terminó su trabajo y el cliente salió del negocio. Recién abandonaba la barbería, vio en la calle a un hombre con la barba y el cabello largo; al parecer hacía mucho tiempo que no se lo cortaba y se veía muy desarreglado. Entonces entró de nuevo a la barbería y le dijo al barbero.

- *¿Sabe una cosa? Acabo de darme cuenta que los barberos no existen.*

El barbero se quedó parado.

- *¿Cómo que no existen? -pregunta el barbero- Si aquí estoy yo y soy barbero.*
- *¡No! -dijo el cliente-, no existen, porque si existieran no habría personas con el pelo y la barba tan larga como la de ese hombre que va por la calle.*
- *Ah, los barberos si existen, lo que pasa es que esas personas no vienen a mí..*
- *¡Exacto! -dijo el cliente- Se marchó tranquilo y el barbero quedó pensando y cada vez más confuso por lo que había dicho sobre Dios.*

Ejemplo 2. El árbol soberbio

El uso de parábolas y metáforas suele dar muy buen resultado cuando se trata de temas que son difíciles de asimilar por un camino de razón y se entienden mejor por cauces de vida práctica. Se puede aconsejar la modestia, la sencillez y la humildad con insistencia ¿Cuántos son capaces de seguir esas consignas por el mero hecho de que se las aconseja un amigo o un adulto. Sin embargo una metáfora puede hacer pensar. Y una parábola puede ayudar a cambiar. Por ejemplo la que sigue:

Hace muchísimos años que en la cumbre más alta del Himalaya se levantaba un árbol gigantesco, de extraordinaria frondosidad, a cuya sombra iban a cobijarse todos los habitantes de aquellas apartadas regiones. Y ocurrió que cierto día un santo monje budista llamado Shinram, extenuado por el calor y la fatiga de una larga caminata, fue a sentarse a la sombra acogedora del gran árbol. Y le dirigió al espléndido vegetal palabras de agradecimiento y admiración.

- *Es evidente -le dijo- que debes gozar de la protección de algún poderoso dios, puesto que ni el huracán ni las ventiscas -que tan violentas son en el Tibet- han podido desba-*

ratar tu magnífica melena, ni abatir tu soberbio tronco en el curso de los siglos. ¿Es acaso el mismo dios del Viento quien te protege?

- ¡Ni mucho menos! -contestó el árbol con altivez, sacudiendo sus frondas con un ruido semejante al trueno... *Por ese lado te engañas anciano. Nunca me ha protegido ninguna divinidad, y menos aún el maligno Viento, que no tiene amigos ni perdona a nadie.*

- *Entonces, ¿qué pasa?... -dijo el monje.*

- *Lo que sucede -interrumpió el árbol- es que nadie ni nada puede contra mí, por fuerte y poderoso que sea. Cuando el viento se desata furioso y arrolla con su ímpetu a los demás árboles, se detiene como agotado ante mi potencia y se retira, mudo y temeroso, deseando en su corazón que yo no me encolerice contra él y le castigue severamente.*

Tales palabras llenas de soberbia y de necia jactancia, indignaron al bueno de Shinram. Mirando fijamente al soberbio árbol, el monje budista exclamó indignado:

- *¿No te da vergüenza? ¿Cómo te atreves, miserable vegetal, a emplear ese acento lleno de desprecio para con uno de los dioses más poderosos, que es el terror del universo?*

Y poniéndose en pie, decidido a abandonar aquellos lugares, añadió:

- *Me voy de aquí. Aunque, cansado y deseoso de sombras y de frescura, no puedo detenerme ni un minuto más a hablar con un ser tan indigno y necio como tú.*

Acto seguido se marchó, apoyándose en su grueso cayado y murmurando palabras de enojo contra al soberbio árbol. Pero aún no había desaparecido en la lontananza, cuando el cielo se oscureció, la tierra se puso a temblar y se presentó el Viento en persona con un espantoso silbido, agitando amenazadoramente sobre el árbol sus potentes brazos hechos de nubes. Cuando el árbol vio al poderoso dios junto a él, se estremeció hasta sus más profundas raíces y en su fuero interno deseó no haber pronunciado jamás aquellas *insensatas palabras.*

- *¿Qué tal arbolito? -aulló el Viento- ¡Así que yo no soy bastante potente! ¡Ja, ja!*

Y al reír todos los árboles del bosque se doblegaron aterrorizados hasta el suelo. El Viento prosiguió diciendo malhumorado:

- *¡Muy bien! ¡De manera que te tengo miedo! ¿No sabes que, si yo quisiera, te derribaría en un instante como al más pequeño de los arbustos? Si ahora te he perdonado la vida, ingrato, y te he conservado intacto durante siglos, es porque en la noche de los tiempos, cuando el mundo era todavía en gran parte un caos, el dios Brahma, cansado del trabajo de la creación del mundo, vino a reposar a tu sombra. ¿No lo sabías acaso?*

- *No, no lo sabía -acertó a murmurar el árbol.*

- *Y ha sido precisamente en memoria de aquel hecho -agregó el Viento- por lo que te he concedido la vida hasta hoy. Pero tú me has insultado, me has ultrajado y por eso mereces el castigo más atroz. Pero no lo aplicaré ahora, sino mañana.*

- *¡Perdón! -suplicó el árbol- ¡Te prometo no volver a hacerlo!*

Pero el Viento, sin hacer caso de esa súplica, prosiguió en tono amenazador:

- *Quiero castigarte a la luz del sol para que todos puedan ver cómo el Viento trata a los ingratos y soberbios. ¡Hasta mañana!*

Y tras haber lanzado un último silbido que abatió a los árboles de la selva y heló a las fieras en el fondo de sus guaridas, desapareció tan rápidamente como había venido. Poco después vino la noche y el silencio y las tinieblas envolvieron al mundo. Todas las plantas se adormecieron rendidas y temerosas. ¡Sólo el árbol del Himalaya velaba en su angustia! Y, acongojado, decía para sí:

- *"¡Qué a gusto me desdeciría de cuanto he dicho al monje budista y me retractaría de todo! ¡Ahora quién sabe lo que me espera! Probablemente seré arrancado de cuajo, hecho pedazos y triturado; mi tronco y mis ramas serán esparcidas por la selva, marchitos y secos, y sólo serán útiles para arder en una hoguera. ¡Después de tantos siglos de vida y de reinado, seré borrado de la faz de la tierra...!"*

Pero a medida que iba meditando en estas cosas, se le ocurrió que tal vez existía un remedio heroico, una última esperanza de sobrevivir: resistiendo la furia del Viento.

- *Sí -murmuró el árbol- despojado de todas mis ramas y de todas mis hojas, podré resistir mejor los embates de mi enemigo.*

Y así lo hizo seguidamente. En un momento se despojó de todas las ramas, se arrancó hasta la última hoja y las primeras horas del alba encontraron un miserable tronco mutilado y desnudo. Unos momentos después se presentó el Viento. Venía lleno de cólera y deseoso de vengarse. Pero entonces ocurrió algo sorprendente. Cuando el dios estuvo junto al árbol y lo vio sin hojas, su cólera se desvaneció instantáneamente y comenzó a reír con una risa primero breve y queda, luego fuerte y sonora, que invadió toda la tierra y la sacudió hasta sus cimientos.

Por fin, una vez recobrado el aliento dijo con ironía.

- *¡En verdad que no te conozco, árbol soberbio! El castigo que tú mismo te has infligido ha sido mucho más atroz que el que yo habría podido aplicarte con toda la fuerza de mi cólera. Ahora eres un espectáculo realmente grotesco, porque todos se reirán de ti: los*

animales y las plantas, los hombres y también los dioses. ¿Que mayor venganza contra un soberbio y necio como tú? ¡Ja, ja!

Y profiriendo sonoras carcajadas, regresó a la áurea morada de los dioses.

Ejemplo 3. La venganza del gusano de Luz

Las personas buenas, hasta para quienes les hacen el mal tiene palabras y respuestas suaves y benévolas. En Suramérica circula la leyenda de un joven que se vengó de sus envidiosos rivales ofreciéndoles caudales de luz en las estrelladas noches de cada año. La leyenda dice así

En la inmensa región que se extiende desde el Paraná al Uruguay, en la parte comprendida entre los arroyos Yabebirí al Guñapirú, existen maravillosos resplandores, que en las noches se mueven lentamente en fantásticas procesiones luminosas. Las gentes del país acuden, atraídas por la deslumbradora belleza, a contemplar esos cortejos fosforescentes de seres misteriosos, creyéndose transportados a países de ensueños y de maravillosas fantasías.

Todos saben que es el isondú, que vaga por los montes para castigar a los envidiosos. En su origen, fue un gallardo y apuesto joven, que habitaba en aquella vasta tierra de frondosa vegetación y de fértiles tierras. Este mancebo, de conducta intachable y de generoso corazón, atraía con el conjunto de sus perfecciones a todas las doncellas del país, que se enamoraban perdidamente de él. Olvidando que existieran más hombres en el mundo, no volvían a querer mirar a ningún otro, porque los encontraban despreciables comparándolos con aquel prototipo de belleza y virtud.

Los demás hombres, sintiéndose despreciados, se llenaron de coraje hacia él y se reunieron, tratando de buscar una solución a aquel problema. De nada tenían que acusarle, porque no había cometido ningún desafuero, ni podía ser culpable de su perfección física: habían intentado que cayera en el vicio; pero se habían estrellado ante su temple heroico. Sin embargo, había que eliminar, fuera como fuera, a aquel ser perfecto que desviaba hacia él los corazones de todas las "cunñas" (doncellas).

Todos los "caría-í" (jóvenes), amarillos por la envidia, resolvieron matarle, y, apostados una noche de lunas tras de los árboles del bosque por donde él tenía que pasar, esperaron a que llegara y le sorprendieron por la espalda, cayendo sobre el indefenso joven y asestándole veintidós puñaladas en todo su cuerpo, por cuyas heridas brotaban chorros de sangre, que empaparon la tierra, hasta dejarle exangüe. Pero antes de exhalar su último aliento, vieron los mozos aterrados, que el cuerpo del mancebo se transformaba en un pequeño insecto de maravillosos resplandores, saliendo una misteriosa luz por cada una de las heridas que había recibido. En la herida del corazón se formó la cabeza del gusano, con una luz roja como rubí. Los asesinos, asustados ante el prodigio, marcharon apesadumbrados de su crimen, y tuvieron que contemplar durante todas las noches de su vida aquel resplandor siniestro que les recordaba su maldad y torturaba su conciencia, no volviendo a recobrar jamás la calma. Desde entonces, grupos inmensos de isondúes pueblan el bosque de un fantástico resplandor durante las noches.

Logrando coger un isondú o gusano de luz, se ve que tiene once lucecitas a cada lado de su cuerpo y son vestigios de las veintidós puñaladas recibidas, y la luz roja de la cabeza es el corazón de aquel hermoso joven que despertó los celos de los demás hombres.

Aplicaciones pedagógicas y Catequísticas.

1. Con una parábola se pueden hacer muchas cosas educativas.

Proponer al grupo de clase o de los catequizandos diversas actividades:

- Leerla y sacar enseñanzas para la vida de los lugares en que estamos.
- Aprenderla de memoria y relatarla con soltura y habilidad.
- Compararla con otras enseñanzas, mitos o figuras conocidas.
- Ilustrarla con ejemplos prácticos que sean reales y conocidos.
- Convertirla en motivo de dialogo para que otros la comenten e interpreten.

2. Comparar parábolas y metáforas como las narradas anteriormente con algunas de los Evangelios, de los Hechos o del Antiguo Testamento. (Ver en el diccionario Artículo de "Parábolas" y sacar consecuencias de la comparación.

3. Buscar en cada leyenda lo que hay de bueno y conforme con el amor al prójimo, como en las propuestas se habla de amor y perdón, de amistad y trabajo, de esfuerzo. Y mirar también los aspectos negativos: venganza, castigo, soberbia, ofensa.

4. Fabricar un vocabulario que tiene que ver con el estilo parábólico: verdad, mentira, ficción, y tratar de aplicar ese lenguaje a las parábolas del Nuevo Testamento o, al menos a algunas, de las más significativas.